



¿Qué es entonces una isla?: ruinas, islas y escritura en el Caribe de María Zambrano

Lena Burgos-Lafuente

To cite this article: Lena Burgos-Lafuente (2015) ¿Qué es entonces una isla?: ruinas, islas y escritura en el Caribe de María Zambrano, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16:4, 375-396, DOI: [10.1080/14636204.2015.1116744](https://doi.org/10.1080/14636204.2015.1116744)

To link to this article: <http://dx.doi.org/10.1080/14636204.2015.1116744>



Published online: 04 Jan 2016.



Submit your article to this journal [↗](#)



Article views: 21



View related articles [↗](#)



View Crossmark data [↗](#)

¿Qué es entonces una isla?: ruinas, islas y escritura en el Caribe de María Zambrano[†]

Lena Burgos-Lafuente

Department of Hispanic Languages and Literature, Stony Brook University, NY, USA

Muchos de los ensayos de tema isleño que María Zambrano escribió durante su exilio en el Caribe aparecen en las páginas de la crítica como apéndice de los debates del grupo Orígenes o como parte de la polémica treintista puertorriqueña en torno al insularismo. Este ensayo se aparta de esa tradición crítica con el fin de atender otro aspecto de la hechura de esos ensayos: el vínculo entre islas y ruinas, dos figuras que pueblan la obra zambranianiana de esos años. El eje es el análisis de *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940), un breve texto escrito tras el primer viaje de la autora a Puerto Rico, y de dos ensayos sobre ruinas publicados en Puerto Rico y en Cuba en la década de 1950. Este ensayo propone que la estructura retórica de los textos sobre islas de principios de la década de los 40 es muy similar a la que varios años más tarde conformarán sus escritos sobre ruinas. ¿Qué le interesa a Zambrano de las islas como vehículo retórico, por un lado, y del imaginario literario y artístico de las ruinas, por otro? Esta pregunta marca la reflexión estética y política del ensayo. El estudio da cuenta de la relación intrincada de María Zambrano con el Caribe (en especial con Puerto Rico) en dos ámbitos: el del archipiélago caribeño en el que vivió entre 1940 y 1953 y el de las islas inventadas -ese mapa insular que crea su escritura de esos años-. Ambos mundos se contaminan, dialogan y en ocasiones son indistinguibles. Así, el ensayo indaga en la excepcionalidad del Caribe en la escritura de Zambrano a la vez que le sigue el rastro a la forma que tomaron, en el comienzo de su exilio, algunos de los motivos que se volverían centrales en su obra.

Palabras clave: María Zambrano; Puerto Rico; Caribe; exilio; islas; ruinas.

Joseph Brodsky once compared his ruined teeth to the Parthenon; while the comparison does not do justice either to the classical ruins or to the bad teeth of Leningrad, it captures poetically their uncanny symmetry.

Svetlana Boym, “Ruinoophilia: Appreciation of Ruins”

“Países de cuya existencia no hay pruebas”

En una de las varias cartas que en 1945 María Zambrano le envía a Jaime Benítez, entonces Rector de la Universidad de Puerto Rico, aparece una escena que desestabiliza las coordenadas de lectura sobre los lazos entre Zambrano y el mundo intelectual latinoamericano. Zambrano les habla a Benítez y a su esposa Luz Martínez (Lulú) del

[†]La cita del título proviene de *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor*. Zambrano apunta: “¿[Q]ué es entonces una isla? La imaginación popular, cuyos rasgos hemos diseñado ligeramente, ¿responderá a alguna realidad profunda? ¿Cuál ha sido en la historia el papel de las islas?” (13)

breve encuentro que había tenido en La Habana con Luis Muñoz Marín, a quien luego Benítez y Lulú verían en unas vistas públicas en Washington sobre el caso de Puerto Rico:

Eliás Entralgo es persona interesada de antiguo por los problemas de los puertorriqueños, yo le he dicho que vosotros podríais gestionarle una entrevista con el vate Muñoz Marín. ¿No es así? Supongo que el patriota os contaría en Washington que le vimos a su paso por esta, estuvimos poco rato con él pues estaba rodeado de indosabandijas que le preguntaban por Honduras, Guatemala y otros países de cuya existencia no hay pruebas concretas ni seguras.¹

Que Zambrano desdeñe abiertamente estos pueblos centroamericanos no deja de sorprender. Sorprende, además, ver cómo la autora habla de “indosabandijas” a la vez que insiste en la importancia de los “problemas de los puertorriqueños”.² ¿A qué se refiere Zambrano cuando habla de “indosabandijas”? ¿Cómo reconciliar su discurso público con estos comentarios? Habría que recordar que se trata de una carta personal, para destinatarios que compartían -al menos eso parecía pensar Zambrano- su manera ver el mundo, puesto que son afirmaciones que muy posiblemente jamás habría hecho en público.³ Lo que me interesa destacar de la carta a Jaime Benítez es cómo conviven el desdén por una serie de países centroamericanos con la exaltación de las islas del Caribe en las que vivió durante su exilio, islas pequeñas que, entendidas desde el discurso que postula la carta, bien podrían ser “países de cuya existencia no hay pruebas concretas ni seguras.” La forma que toma esa excepcionalidad del Caribe en el discurso de Zambrano de sus primeros años de exilio es una de las preguntas que guían este ensayo.

Zambrano le escribe esta carta a Benítez en abril de 1945, mientras hacía gestiones desde La Habana para asumir una plaza de conferenciante en la Universidad de Puerto Rico. Aparte de Jaime Benítez, con quien Zambrano mantuvo una larga y compleja relación epistolar, el trámite de visado involucraría cartas del gobernador Rexford Tugwell y de la embajada de Estados Unidos en Cuba.⁴ Duraría meses y Zambrano terminaría por no obtener una plaza permanente. La filósofa no volvió a impartir conferencias en Puerto Rico después de noviembre de 1945, aunque a mediados de la década del 60 buena parte de sus ingresos provenían de sus numerosas publicaciones en tres revistas del Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico: *Educación*, *Semana* y *Escuela*.

Zambrano se estableció en Puerto Rico por temporadas breves entre 1940 y 1945. Ejerció la docencia en varios departamentos de modo intermitente.⁵ La escasa crítica sobre su relación con Puerto Rico la inserta en los debates sobre la insularidad que se desarrollaron en la isla a partir de los años treinta.⁶ Sin embargo, la autora escribió una serie de textos durante esta estadía que permiten ensanchar el horizonte de lectura de su obra “caribeña.” Zambrano dedicó no pocos años a pensar en la política del tiempo que velan las nociones de exilio y fracaso desde el imaginario literario de las islas. En Cuba escribió ensayos como “Las catacumbas” (1943), “La Cuba secreta” (1948), “Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis” (1949) y “El estilo en Cuba: la quinta de San José” (1952), todos atravesados por un imaginario isleño muchas veces cuestionable: “las islas son más antiguas que el Continente, y siempre vírgenes” (“Lydia Cabrera” 12). A su vez, estos ensayos potencian la reflexión de Zambrano

sobre la relación entre exilio, derrota y poesía mucho antes de la publicación de su “Carta sobre el exilio” en 1961.

Este ensayo procura dar cuenta de la compleja relación de Zambrano con Puerto Rico en dos ámbitos: por una parte, el del archipiélago caribeño en que vivió entre 1940 y 1953 y, por otra, el de las islas inventadas -ese mapa insular que crea su escritura de esos años-. Ambos mundos se contaminan, dialogan y en ocasiones son indistinguibles. Para ello leo algunas cartas, ensayos y, sobre todo, un breve libro que escribió en Cuba poco después de su primer viaje a Puerto Rico en 1940: *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940).

Veo en este libro de apenas 45 páginas la génesis de una reflexión sobre la contemplación de ruinas. Propongo que el lenguaje con el que Zambrano desarrolla su concepto de isla en este ensayo, así como en otros textos de los años 40, no dista del que unos años más tarde empleará en dos ensayos seminales sobre la contemplación de ruinas, poco antes de regresar definitivamente a Europa. Hacia el final de su exilio caribeño la autora publica “Una metáfora de la esperanza: las ruinas” (1951) y “Las ruinas” (1952) en Cuba y en Puerto Rico. Indagaré en la relación entre ambas figuras, isla y ruina, y, además, en este *gesto contemplativo* por parte de Zambrano. ¿Qué le interesa a Zambrano de las islas como vehículo retórico, por un lado, y del imaginario literario y artístico de las ruinas, por otro? ¿Qué comparten ambas figuras? ¿Por qué recurre a estos *topoi*? ¿Qué le permiten apuntar y qué problemas suscitan?

No se trata de proponer una relación causal entre los ensayos sobre islas de los años cuarenta y su aproximación a las ruinas después de la guerra. Si bien estos ensayos sobre las islas del Caribe se publican en la década del cuarenta, Zambrano nunca abandonó el tema y, como sucede a menudo con su obra, es posible encontrar aseveraciones casi idénticas en libros de distintas épocas. El tema de las islas rondó su escritura muchos años, de ello dan cuenta un sinnúmero de manuscritos inéditos que se conservan, así como algunos pasajes de *Los bienaventurados* (1990), donde parece objetivar lo que décadas atrás ensayaba su escritura: “Las islas, lugar propio del exiliado [,] que las hace sin saberlo allí donde no aparecen.” (41) Por otra parte, aunque los ensayos sobre la contemplación de ruinas surgen después de un viaje a Europa a fines de los años cuarenta, es muy probable que el tema de las ruinas figurara en conferencias y cursos anteriores a esa fecha.⁷

El texto ruina

El 16 de abril de 1940, tras un año de exilio, María Zambrano viajó a Puerto Rico por primera vez. Allí participó de un “Círculo de conferencias” que se vio interrumpido, según indicaría años más tarde, por el anuncio del avance alemán sobre París. De esas primeras impresiones surge *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, un ensayo largo que la autora les dedica a Jaime Benítez y a su esposa. El texto se publicó inicialmente en el periódico *El Mundo* de San Juan y luego en Cuba, en la editorial La Verónica del poeta y editor español Manuel Altola-guirre. El libro no es medular en el pensamiento de Zambrano, es más bien un texto menor y de poca circulación. La primera edición es “un texto casi inencontrable” (Arcos ix) y no fue sino en el año 2007 cuando se reeditó en España como embocadura del libro *Islas*, una compilación de ensayos del exilio caribeño de Zambrano, que responde al interés creciente en la academia por hacer de las islas un objeto de estudio.

Este libro forma parte de una constelación de textos sobre islas escritos durante las décadas del 40 y el 50 por españoles exiliados en el Caribe, un archipiélago de textos que versan sobre una isla singular, como si reclamaran un potencial insular y exigieran simultáneamente una mirada que atestigüe una sensibilidad compartida. Entre ellos se cuentan *Isla cofre mítico* (1951) del artista y escritor gallego Eugenio Fernández Granell, el póstumo *Isla de la simpatía* (1981) de Juan Ramón Jiménez, la serie de cartas que le escribe Pedro Salinas a Jorge Guillén durante su estancia en Puerto Rico (1943–1946) así como varios ensayos de la propia Zambrano. A esta serie se le pueden agregar otros libros de exilio que de un modo u otro comparten el imaginario literario de lo isleño, como *Nuevos poemas de las islas invitadas* (1946) de Manuel Altolaguirre.

Isla de Puerto Rico ha sido muy poco estudiado poco por la crítica. En un valioso estudio, Carmen Cañete Quesada lo lee desde los debates en torno al insularismo que imperaban en Puerto Rico, como un documento en el que se borra la coyuntura política de Puerto Rico para hacerles una demanda a los lectores puertorriqueños sobre la guerra que se desataba en Europa. El objetivo del texto, según la autora, es implorar la participación de Puerto Rico en la restauración del orden en el viejo mundo para que los exiliados pudieran regresar a España. Cañete Quesada escribe que “[d]esde la distancia donde quedaron sus seres más queridos, la escritora buscó refuerzos en aquella pequeña isla para la restauración del orden en el viejo continente, haciendo realidad el regreso de aquellos exiliados que, como ella, sentían el peso de un pasado irre recuperable” (98). Desde esta perspectiva, Cañete Quesada cuestiona el planteamiento colonialista del libro de Zambrano, en particular su descripción favorable del estatus territorial de la isla respecto a los Estados Unidos.

Coincido con Cañete Quesada en que *Isla de Puerto Rico* borra de entrada los contornos de la isla y comparto los juicios de la autora sobre las posturas conservadoras que muchos españoles exiliados asumieron luego de atravesar el Atlántico. Difiero, no obstante, de la presunción de que el ensayo se reduce a la demanda de Zambrano ante los puertorriqueños. Si bien es cierto que el texto tiene un carácter pragmático, hay algo en él que excede dicha demanda. Cañete Quesada indica que el libro no se ha estudiado porque despliega una serie de posturas problemáticas (exotismo, lugares comunes) que no coinciden con la lectura elogiosa que se suele hacer de Zambrano. James Valender, por su parte, especula que la propia autora desterró este ensayo de su corpus. Luego de explicar que tanto la convicción de Zambrano de que “América ha[bría] de salvar al Viejo Mundo” (Valender 628) como su insistencia en hacer de Puerto Rico el punto de unión entre las culturas sajona e hispánica respondían al panamericanismo que entonces promulgaba el gobierno estadounidense, Valender propone que “la historia no tardó en desmentir las aseveraciones y profecías de la filósofa y tal vez fuera por eso que, en años posteriores, nunca mostrara interés en incorporar su ensayo a ninguno de sus libros” (628).⁸ Sin oponerme a estas lecturas, propongo que si los lugares comunes, el exotismo o lo cursi han frenado el estudio de este libro es justamente porque la lectura de la geografía afectiva que articula el libro no pasó de ser rudimentaria.

Los doce fragmentos que componen el libro oscilan entre una suerte de prosa poética y un estilo discursivo más directo, por lo cual acercarse al aspecto discursivo del texto sin reparar en la retórica que lo moviliza, supone elidir un elemento central en la obra caribeña de Zambrano: el uso de la metáfora.⁹ Leer *Isla de Puerto Rico* únicamente desde los temas que despliega su epidermis supone eludir la máquina

tropológica que urde el texto y que Zambrano pondrá a funcionar en otros registros, en otros textos y con otros significados.

Habría que imaginar una posible escena de escritura de *Isla de Puerto Rico* a partir de los pocos datos que proporcionan Zambrano, sus biógrafos y la prensa. El prólogo del libro ofrece un comienzo:

Durante mi reciente estancia en Puerto Rico, fui gentilmente invitada por el “Círculo de Conferencias” a pronunciar varias en su recinto. Las últimas hubieron de quedar interrumpidas por causas dolorosas para todos. Desde La Habana no encontré mejor medio para continuar mi comunicación con los amigos que componen ese Círculo que escribir sobre un tema apasionante para ellos y para mí, del que habíamos hablado en los mejores momentos en largos paseos por la Isla mientras mirábamos el atardecer. Mis palabras son la continuación de ese diálogo, y nada más. (*Isla* 10)

La cita alude a una serie que queda interrumpida “por causas dolorosas para todos” y a un texto que aunque no pretende suturar esa serie, sí intenta dar cuenta de un diálogo que se pudo haber producido: “[m]is palabras son la continuación de aquel diálogo, nada más” (10).¹⁰ La operación recuerda la producción de otro breve texto sobre islas e insularidad publicado dos años antes. Me refiero al *Coloquio con Juan Ramón Jiménez* (1938) en que José Lezama Lima toma la palabra del poeta español y de esa manera sienta las coordenadas de un diálogo cuyo origen desconocemos (es imposible precisar en qué condiciones se dio dicha conversación y los datos existentes solo confirman que en varios momentos Lezama ocupó ambos lados del diálogo).¹¹ Estamos ante dos versiones de diálogos monologados con implicaciones políticas muy distintas.¹² Mientras Lezama, a la vez que “dialogaba” con Juan Ramón, socavaba la relación de poder entre dos sujetos producto de relaciones coloniales, Zambrano coloca su texto *en lugar* de un diálogo que sabemos que no se produjo, de manera que *Isla de Puerto Rico* es el rastro de lo que no llegó a ser dicho diálogo. Es un texto-ruina, no es otra su estructura: un texto que de entrada propone ser el resto de un Círculo que no llegó a formarse.

La palabra “ruina”, según el *Tesoro de la lengua* de Sebastián Covarrubias, remite a “la caída.” Por ello cuando se habla de ruinas en un sentido estricto, por ejemplo de aquellas en torno a las cuales reflexiona el sociólogo alemán Georg Simmel, se habla del decaimiento de una estructura, de una edificación ya terminada que el mundo externo ha erosionado con el paso del tiempo. Para Simmel “la ruina proporciona la forma presente de una vida pretérita” (192). No así para Zambrano, cuya concepción temporal se distancia de la de Simmel. Según los últimos textos que publicó en su exilio cubano, “[u]n edificio venido a menos, derribado, no es sin más, una ruina. Algo alcanza la categoría de ruina, cuando su derrumbe material sirve de soporte a un sentido que se extiende triunfador, supervivencia, no ya de lo que fue, sino de lo que no alcanzó a ser” (“Las ruinas” 11, énfasis mío).¹³ De ello no se deduce que para Zambrano la ruina no dependa de su vínculo con el paso del tiempo, esta efectivamente ve en la ruina “la traza de algo humano vencido y vencedor, del paso del tiempo” (“Las ruinas” 12). Lo que sí puede deducirse es que Zambrano sabía muy bien que el pensamiento no solo supone un desarreglo de los sentidos sino que, ante todo, supone un desarreglo temporal. La escritura, para Zambrano, solo es posible desde la ruina. Más que la objetivación temática de la ruina en la obra de Zambrano, lo que me interesa destacar del prólogo del libro es cómo sus ideas sobre las mismas

estructuran sus escritos. Los ensayos en cuestión no solo son reflexiones sobre islas o sobre ruinas sino que las convierten en condición de posibilidad de su escritura.

Isla de la melancolía

Isla de Puerto Rico abre con la siguiente afirmación: “Una isla es para la imaginación de siempre una promesa ... Las islas son el regalo hecho al mundo en días de paz para su gozo” (11). A esta cualidad de don se le suma otra: “[d]e la isla se espera siempre el prodigio. El prodigio de la vida en paz, de la vida acordada en una armonía perdida y cuyo lejano eco es capaz de confortarnos el corazón; de una edad en que ninguna palabra había sido aún prostituida” (12). La isla aparece de entrada como promesa de gozo, como aquello que excede la lógica del intercambio (el don) y, a la vez, como aquello que “excede los límites regulares de la naturaleza” (DRAE, definición de “prodigio”), es decir, la rareza de una “armonía perdida” y de un momento anterior al lenguaje: “una edad en que ninguna palabra había sido aún prostituida” (*Isla* 12). Por lo tanto la isla es un excedente que, sin embargo, apunta a una pérdida. Desde la primera página la isla se muestra como una aporía. Esta promesa de un tiempo inmemorial eclipsa la dirección de la escritura y hace de las primeras líneas del ensayo una reflexión sobre la posibilidad de restauración de la inocencia anterior al lenguaje, a la que el texto no renuncia aunque varíe el temperamento que la enuncie. Más importante aún, este doble horizonte temporal que parece cancelarse (“nostalgia y esperanza”) es el eje dentro del cual gravita su concepto de isla, y que doce años más tarde definirá su noción de ruina.

Para Zambrano, el rasgo definitorio de la isla, “su base,” es que “nos parece ser el residuo de algo, de un mundo mejor, de una perdida inocencia” (*Isla* 11–12). La noción de la infancia como marca de intensidad perceptiva o médula de la experiencia se vincula así a la isla y su densidad afectiva. De ello se desprende entonces que una de las marcas del libro sea la profunda melancolía y nostalgia que lo conforman. La palabra melancolía no aparece en todo el texto, sin embargo la nostalgia es nombrada y descrita con insistencia a través de las 45 páginas del libro. ¿Por qué, si la autora propone un nexo entre su texto y la dolencia (*-algia*) de un regreso al hogar (*nostos*), insisto en la factura melancólica del mismo?

Si bien el libro intenta articular un *nostos* discernible (que Zambrano nombra democracia y libertad), a lo largo de los fragmentos se van borrando sus contornos. No sabemos qué forma toma ni quiénes lo constituyen. En el segundo fragmento del libro señala: “La nostalgia es algo que nos invade el ánimo tan completamente que nos deja de momento sin poder definir su causa. El objeto de ella no aparece, como en otros estados de ánimo, clara y firmemente diseñado” (*Isla* 17). A pesar de que Zambrano coloca la *maladie du pays* en el título del libro, el temple que estructura el texto es más melancólico que nostálgico. Podría pensarse esta nostalgia sin causa apropiada como una condicionada por un *nostos* imposible, tal y como lo hace Svetlana Boym en su estudio sobre la nostalgia, sobre todo si se toma en cuenta que Europa, la República española y la democracia tal y como los concibe Zambrano ocupan por momentos el lugar común por el cual se adolece.¹⁴ Sin embargo, habría que recordar que el problema de lo melancólico no se limita a la relación que se desarrolla entre la psiquis del sujeto y sus poderes interiores, como se indica con frecuencia para distinguirla de la nostalgia, sino que es un problema que solo puede articularse en la esfera social. La melancolía, tal y como se ha concebido históricamente, se despliega

en lo social, o dicho de otro modo: es una afección constitutiva del sujeto en el orden social.¹⁵ El enigma melancólico se articula justamente allí donde el orden social impide el duelo irresoluble que lo define, de otra manera la fidelidad a la pérdida no sería un *topos* discernible y debatible; no habría, tal y como la conocemos, melancolía.

Presumo que la elección del concepto de nostalgia por parte de Zambrano está íntimamente vinculada al hecho de que la noción de ruina va a ocupar un lugar central tanto en *Isla de Puerto Rico* como en el pensamiento de Zambrano de estos años, y entre ruina y nostalgia parece haber una relación casi automática. Ello se debe, principalmente, a que el surgimiento del concepto de nostalgia coincide con el desarrollo de cierto imaginario de las ruinas en Europa (Huyssen 35).

Si, como afirma Boym, la nostalgia aparece a fines del siglo XVII como una dolencia democratizadora que afecta tanto a soldados desplazados como a campesinos, la melancolía, desde sus orígenes griegos, ha tenido un cariz filosófico. Mucho antes de que Sigmund Freud describiera la melancolía como “una pérdida de objeto sustraída de la conciencia” (Freud 243), o que Immanuel Kant la incluyera en su serie de enfermedades del alma, el estudio de Robert Burton daba cuenta del espesor filosófico y de la complejidad que desde sus orígenes tuvieron las consideraciones en torno a la bilis negra. De manera que desde la melancolía, de acuerdo con esta perspectiva, es posible acercarse a problemas del siglo XX vinculados al progreso, la modernidad y la historia, y simultáneamente indagar en la estructura íntima del sujeto, dimensión de la que no se ocupan los estudiosos de la nostalgia. Para Zambrano esta dimensión es irrenunciable: “El hombre es la criatura que se define ... por lo que echa de menos tanto o más que por lo que tiene” (*Isla* 15).¹⁶

*Siglo de islas*¹⁷

Al igual que en la obra de otros españoles exiliados en el Caribe, muchos de los textos que escribe Zambrano en estos años están atravesados por el peso del pasado. En el caso de *Isla de Puerto Rico*, el pasado en ocasiones toma la forma concreta de la República. La importancia de la guerra, del republicanismo y de su relación con el pasado tiene que ver concretamente con la coyuntura política de la España franquista: “Nos han quitado una forma de vida, un repertorio de cosas y maneras, un “estilo”, es decir: un sistema de atenciones y de desdenes, una unidad de razón y sensibilidad; una medida consciente y flexible” (*Isla* 17–18). Ahora bien, a diferencia de lo que sucede en muchos textos de otros exiliados, para Zambrano la anterioridad está directamente vinculada al futuro. Cuando habla de temporalidad habla simultáneamente en términos abstractos y en términos muy concretos: la temporalidad es la temporalidad del exilio y la anterioridad siempre es potencialidad. Desde el afectado título del libro, donde tanto la nostalgia como la esperanza modifican el “mundo mejor”, se anuncia el vínculo que establece su escritura con estas dos direccionalidades. Y esta estructura insiste a lo largo del libro: “[l]a isla es la huella de un mundo mejor” (14). Es justamente en ese trayecto del pasado al porvenir que Zambrano va a articular toda una poética.

Otra autora que articula una poética a partir de la brecha entre pasado y futuro, y que la crítica con frecuencia asocia con Zambrano, es Hannah Arendt, quien se exilia en los Estados Unidos dos años después de Zambrano. En el prefacio de su libro *Entre*

el pasado y el futuro Arendt interpreta y recrea una parábola de Kafka a partir de un problema sobre la temporalidad. Señala:

[E]ste pasado, que remite siempre al origen, no lleva hacia atrás, sino que impulsa hacia delante y, en contra de lo que se podría esperar, es el futuro el que nos lleva hacia el pasado. Observado desde el punto de vista del hombre, que siempre vive en el intervalo entre pasado y futuro, el tiempo no es un continuo, un flujo de sucesión ininterrumpida, porque está partido por la mitad, en el punto donde él se yergue; y su punto de mira no es el presente, tal como habitualmente lo entendemos, sino más bien una brecha en el tiempo al que su lucha constante, su definición de una postura frente al pasado y al futuro otorga existencia. (Arendt 25)

No solo es interesante que Arendt y Zambrano coincidan en la preocupación por la brecha que habita entre pasado y futuro, sino que en ambas autoras esta preocupación por el desajuste temporal está vinculada a una idea de lo literario. En el caso de Zambrano vemos que en *Isla de Puerto Rico* la isla remite a un imaginario literario y simultáneamente es un tropo. En el libro, la isla es aquello que une al pasado con un futuro posible y a su vez asume la forma de ruina: “la isla nos parece ser el residuo de algo, el rastro de un mundo mejor, de una perdida inocencia,” ha escrito (11–12). Si bien rastro, residuo y ruina no son sinónimos, en estos ensayos de Zambrano forman parte de un mismo horizonte de sentido. ¿Qué consigue Zambrano al pensar la isla como rastro o residuo? En este libro lo residual le permite asumir una perspectiva que burle la imagen estéril de un “mundo feliz.” “¿qué cosa más grave cuando se nos impone vivir en un ‘mundo feliz!’” (15). Como veremos, no otra cosa hará en los ensayos sobre ruinas que publica en las revistas del Caribe.

Si le seguimos el rastro a la cadena tropológica que desarrolla en estos textos caribeños, el lector se topa con una serie de sustituciones y equivalencias que en algún momento encuentra un impasse: para Zambrano el texto es isla, ruina, tiempo, piedad, heterogeneidad y metáfora que, a su vez, es anterior al pensamiento. La serie, sin duda, no aparece de esa manera en un mismo fragmento sino que se esparce a lo largo de varios textos contemporáneos. Vista así, la serie carece de todo rigor intelectual; sin embargo, dentro de la lógica de cada texto, las sustituciones operan sin problema alguno. La isla, entonces, ese “residuo de algo”, no solo es un tropo del lenguaje, sino que encapsula el pensamiento de Zambrano sobre el tiempo. Como tropo, la isla no puede ser auto-referencial sino que inevitablemente lleva a otros tropos y todos apuntan a la relación entre pensamiento y escritura. En cualquier caso, lo que dichas sustituciones logran es fijar y desplazar cada significante y, por ende, el aparato discursivo que legitiman. Dicho de otro modo: la tarea de Zambrano es provocar un extrañamiento tanto del discurso histórico como del filosófico.

No sorprende que Zambrano vea en el significante *isla* cierta disponibilidad para pensar el desajuste temporal o el anacronismo, puesto que este “tiempo fuera del tiempo” (*Isla* 13) que Zambrano dice haber experimentado en Puerto Rico es una de las características fundamentales del imaginario literario sobre islas desiertas. Poco después de que Zambrano publicara el ensayo “Las ruinas”, Gilles Deleuze distinguiría entre islas continentales y oceánicas y afirmaría que “[l]as islas están antes que el hombre y después.” Este desajuste temporal está íntimamente vinculado al imaginario zambraniano de la isla como zona intermedia. La autora ve las islas como mundos liminares, y en particular ve en Puerto Rico una zona intermedia entre el mundo anglo y el hispano. En los últimos fragmentos de *Isla de Puerto*

Rico, Zambrano propone la isla como lugar de alianza entre las dos Américas. Tanto en sus ensayos como en su correspondencia, Puerto Rico aparece como un punto intermedio entre el lugar en el que está y aquel al que quiere llegar. Buena parte de los exiliados españoles compartía esa noción de Puerto Rico como zona intermedia, incluso la estancia de muchos de ellos en la isla fue siempre como lugar de paso, intermedio.¹⁸ No obstante, habría que recordar que a diferencia de otros exiliados al Caribe, lo intermedio o intermediario es crucial para el pensamiento de Zambrano y que si bien a partir de la década del 70 se referirá únicamente a la “razón poética” al hablar de la estructura de su pensamiento, antes de ese momento usaba con recurrencia el término “razón mediadora.” Esta estructura mediadora reaparece en la figura de la ruina.

Tanto *Isla de Puerto Rico* como el resto de los textos caribeños de Zambrano aparecen como testimonio contra la gran narrativa occidental que a partir de la ilustración han asumido los discursos histórico y filosófico. Sin embargo, en uno de los fragmentos de *Isla* la autora piensa las islas desde un registro historicista, lo cual no solo contradice la visión utópica con la que abre el libro sino que parece contradecir la propia postura de Zambrano, bien conocida, ante el historicismo: “no sería de excesivo trabajo pasar las hojas del gran libro recogiendo lo que la cultura humana le debe a las islas” (13). Algunos países, nos dice, “por circunstancias históricas y geográficas ... han sido islas en realidad: tal España. La isla más que Península Ibérica” (13).

Este desplazamiento hacia la narrativa continental interrumpe la lógica utópica insular y parece develar el envés colonizador de su discurso. En el imaginario literario, las islas no son territorios que ansien su expansión material, más bien las define el alejamiento de una narrativa continental. La lucha perenne con aquello que las amenaza, bien desde su interior o desde la uniformidad marina que la rodea – “la maldita circunstancia del agua por todas partes” diría Virgilio Piñera- hace de ellas un espacio diferenciado y diferenciador que está en constante tensión pero cuyo fin no es nunca la expansión de sus límites.

No queda claro si Zambrano pretende insularizar España y despojarla así de todo ímpetu imperial o si la frase supone más bien la continentalización de la isla, convertirla en apéndice de otro cuerpo terrestre. El final de *Isla* no hace sino aumentar la ambigüedad del gesto: “¡Algo más que nación, mucho más que nación, Isla de Puerto Rico! Como España ha sido, es, algo más que esa pesadilla del Imperio” (45).

Estamos ante un texto en el que la metáfora impera; no obstante, clausura con el uso de un símil cuyo ímpetu de correspondencia, como toda correspondencia, está destinado al fracaso. Según Zambrano, Puerto Rico rebasa la categoría de nación o, incluso, es un *plus* de nación, de la misma manera en que España rebasa la categoría imperial. ¿Qué significa en este contexto ser algo o mucho más que nación? ¿Significará acaso el “tiempo fuera del tiempo” que Zambrano, como buena parte del imaginario literario, le confiere a las islas, y que convierte la soledad insular en deseable?

A pesar de las aseveraciones cuestionables que pueblan *Isla de Puerto Rico* y el resto de lo que he denominado su “obra caribeña”, estos textos revelan un deseo por conservar “un repertorio de cosas y maneras” (*Isla* 17) que no basta leer como la afirmación de un *ethos* hispánico, sino que debe leerse como la negación de un mundo dado en el que la loa ante ciertas manifestaciones del progreso no podían desasociarse de la sistemática destrucción humana tanto de la Guerra Civil como de la Segunda Guerra Mundial. La importancia de la guerra, del republicanismo y de su relación con el pasado, y sin duda su intento por recuperar esos “trocitos de una manera de vivir,

de una forma total de vida ya imposible por ahora” (*Isla* 17), tienen que ver concretamente con la coyuntura política de la España franquista.

Ruinas y exilio

Las meditaciones de María Zambrano sobre el tema de las ruinas resuenan en muchas de las reflexiones contemporáneas sobre ruina, modernidad y memorialización.¹⁹ Sin embargo, muy pocos de los ensayistas que hoy escriben sobre el tema las conocen (Antonio José Ponte es una excepción notable). Esto se debe, en parte, a la escasa circulación de estos ensayos, así como a la ausencia, hasta hace muy poco, de una traducción al inglés de los mismos.²⁰ A la hora de pensar en un corpus de reflexiones críticas sobre el tema, María Zambrano debería acompañar nombres como los de Georg Simmel, Walter Benjamin, Theodor Adorno, Marc Augé o W.G. Sebald. Con este ensayo procuro desentrañar la génesis retórica de la figura de la ruina a la vez que inscribir su obra en un corpus crítico que la ignora.

Zambrano escribió “Una metáfora de la esperanza: Las ruinas” (1951) y “Las ruinas” (1952), tras una estadía de dos años en Italia, entre 1949 y 1951, donde visitó las ruinas romanas. No obstante, solo en un momento de uno de ellos se alude a una ruina en concreto. En el primer ensayo, la autora cuenta cómo la nodriza que la crió sus primeros años le enseñó a aproximarse a las cosas al sesgo o de manera indirecta. Dice que aprendió a interpretar aquellas “agudas metáforas” “insinuaciones” y “silencios” de la nodriza que siempre comenzaban con la frase “mira niña.” Es entonces cuando incluye la escena que servirá de móvil a la reflexión sobre las ruinas: “Y así cuando me acerqué a las ruinas del Foro romano, del Palatino, del fondo más oscuro de mi memoria sentí llegar su voz, diciéndome, como antes, como en aquellos años: “Mira, niña” ... Y miré, miré y vi las ruinas de mi patria: Roma. ¿Qué era aquello? ¿Quizá una metáfora?” (“Una metáfora” 9). Vemos que aunque su concepción de las ruinas es altamente sensorial, su insistencia en la abstracción es ineludible. La autora se acerca a las ruinas romanas pero no las ve hasta que realiza una operación de abstracción, hasta que se siente interpelada por la voz de la nodriza. Ya en el segundo ensayo —que más tarde se publicaría *El hombre y lo divino*— la autora prescinde de la escena contemplativa: elimina la alusión a las ruinas romanas. ¿Por qué, si su interés en la ruina está directamente vinculado al resto de cierta materialidad, no nombra ninguna ruina o edificación específica?

Más que un ensayo contra el historicismo responsable de la crisis europea del momento, “Las ruinas” es un texto sobre la relación que debería existir entre historia, tragedia y ruina. La relación entre historia y ruina es íntima. Para Zambrano las ruinas son lo más vivo de la historia, “pues solo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas.” (“Las ruinas” 11) Ahora bien, justamente porque “[l]o propiamente histórico no son los acontecimientos tal como fueron sino como han quedado; su ruina” (11) el ensayo no deja de situarse contra la concepción moderna de la historia. Zambrano intenta rescatar “la visión de la historia como conocimiento poético”, “aunque esté asistido de la más estricta disciplina, de los métodos más rigurosos de investigación” (8). Pensar la historia desde los restos que sobreviven al desastre e intentar rescatarla como conocimiento poético supone un desorden temporal, pues “el tiempo real de la vida no es el que se hunde en la arena de los relojes, ni el que palidece en la memoria” (9).

Nuevamente estamos ante dos direccionalidades, aquellas que signaban la nostalgia y la esperanza y que Zambrano ve cifradas en el concepto de isla. Isla y ruina son acaso dos maneras de aproximarse a la no linealidad de la historia. Como en los textos sobre las islas, la clave parece ser menos la nostalgia y más la melancolía. Escribe:

Y esto: que la ausencia sobrepase en intensidad y en fuerza a la presencia, es el signo inequívoco de que algo haya alcanzado categoría de “ruina” ... La ausencia pura, verdadera es aquella que jamás estuvo presente. Las ruinas son en realidad una metáfora que ha alcanzado categoría de Tragedia sin autor. Su autor es simplemente el tiempo. (“Las ruinas” 10)

Zambrano coincide con Simmel en la idealización del regreso de la arquitectura a la naturaleza. Para Zambrano “solo el abandono y la vida vegetal haciendo a la par de la piedra y de la tierra que la rodea abrazándola, invitándola a hundirse en ella dejando su fatiga hace que la ruina sea lo que ha de ser: un lugar sagrado” (“Las ruinas” 13). Justamente este carácter sagrado es lo que hace que Zambrano vea en el templo la ruina perfecta. Para la autora, todo templo “por grande que sea su belleza tiene algo de fracaso y cuando está en ruinas parece ser más perfecta, auténticamente un templo ... un templo en ruinas es el templo perfecto y al par la ruina perfecta” (13). ¿Cómo puede el decaimiento ser perfecto? ¿Qué noción de perfección vela esta aserción? Este es el único momento de “Las ruinas” en que se alude a una edificación de manera concreta. En el resto de los fragmentos se alude a la metaforicidad de la palabra edificar y aparece como sinónimo de “hacer historia.”

La frase citada parece apuntar a relación entre el lenguaje y aquello que denota, el texto vuelve siempre sobre los rasgos de la metáfora y su potencialidad. Si el templo perfecto es un templo en ruinas, lo que le interesa a Zambrano es la relación entre incompletud y perfección. No se trata entonces de idealizar el desgaste arquitectónico, sino de emplear la estrategia retórica perfecta, la metáfora perfecta. Y es que en estos dos ensayos Zambrano parece seguir de cerca la frase célebre de Benjamin sobre el culto barroco a la ruina: “[l]as alegorías son en el reino del pensamiento lo que las ruinas son en el reino de las cosas” (Benjamin 396). Benjamin y Zambrano no solo conciben las ruinas como metáfora del proceso pensante, sino que ambos ven en ellas una especie de potencia creadora. La analogía apunta al carácter inagotable de las ruinas, a pensar las ruinas como índice de algo por venir. De aquí que Zambrano vea en la ruina el punto de unión entre pasado y futuro que años antes, en *Isla de Puerto Rico*, le había conferido a la isla.

Zambrano no es la única exiliada republicana que muestra interés por las ruinas en estos años. De la década del 40 son bien conocidos los poemas “Las ruinas” (1941) y “Otras ruinas” (1949) de Luis Cernuda y no es difícil encontrar menciones al tema en la vasta literatura del exilio.²¹ Entre estos, es la obra tardía de Pedro Salinas, quien coincidió con Zambrano en el Caribe, la que discute de manera más explícita con la concepción zambraniana de ruina.²² Me detengo brevemente en el uso de la ruina que hace Salinas en esa época con el fin de destacar la radicalidad del pensamiento de Zambrano al respecto.

Salinas es un poeta y ensayista que, como Eliot o Valéry, exhibe un afán de defensa de la cultura frente a lo que denomina ruinas. En el caso de los ensayos que componen *El defensor* -libro que escribe en Puerto Rico entre 1943 y 1946- la ruina sería aquello que ha decaído por intervención o dejadez humana, no necesariamente por el paso del

tiempo. En la “Defensa de la lengua” habla de lenguaje empobrecido, degradado, en ruinas, y en su “Defensa de la carta misiva”, condena “la última malaventura y total ruina de la carta: la epístola en conserva, bote o lata” (*El defensor* 134).

En ambos autores hay un nexo entre la contemplación de ruinas y una crítica aguda a las narrativas de progreso que impone la historiografía moderna. La diferencia estriba en cómo incorporan las ruinas en sus reflexiones. Para ambos se trata de la restauración imposible de un orden anterior, pero esa anterioridad para Zambrano es indisoluble del futuro, mientras que para Salinas reside en el pasado. A pesar de que comparten la preocupación por la destrucción de la experiencia y el apego al resto de cierta materialidad, la valoración de la ruina en *El defensor* es opuesta a la de Zambrano. Allí donde Salinas precisa oponerse a las ruinas (al decaimiento) que amenazan la herencia de la cultura occidental, Zambrano ve su riqueza. Para Zambrano, la anterioridad siempre es potencialidad y las ruinas le ofrecen la posibilidad de descolocarse, de burlar el entorno.

Por otra parte, como deja ver uno de los poemas que escribiera Salinas en Puerto Rico, “Cero”, para el poeta las ruinas son los escombros que quedan luego de la destrucción bélica. Poco antes del lanzamiento de la bomba atómica, el poeta compone un poema largo cuyo comienzo lee así:

Invitación al llanto. Esto es un llanto,
ojos, sin fin, llorando,
escombrera adelante, por las ruinas
de innumerables días.
Ruinas que esparce un cero –autor de nada,
obra del hombre–, un cero, cuando estalla.
(*Obras I* 670)

La topografía de la ruina aquí dista mucho de la de Zambrano; pertenece a otro orden. El vacío ante el cual los ojos del poema lloran es la destrucción misma, “la ausencia de ruinas” diría Gérard Wajcman.²³ La utilización de la palabra ruina en “Cero” entra en el terreno movedizo de las coordenadas que definen lo que constituye una ruina. Para Simmel, como vimos, el paso del tiempo que desgasta una estructura lentamente es condición necesaria de la ruina, por lo cual un terreno bombardeado por el ser humano no constituiría una ruina propiamente. Similarmente, para Andreas Huyssen la ruina de guerra es una producción del mercado porque las guerras no producen ruinas, sino escombros.²⁴ Por su parte, Svetlana Boym sí piensa en las ciudades bombardeadas como ruinas, puesto que producen el efecto de disonancia que para ella ofrece la ruina.²⁵ Independientemente del debate en torno al estatus de las ruinas, Zambrano y Salinas comparten el interés y la preocupación por lo residual. El temple de cada uno de sus proyectos lo dicta la manera en que se posan ante las ruinas.

Soledad en compañía

Zambrano le dedica una sección central de *Isla de Puerto Rico* a la relación entre totalitarismo y soledad, reflexión que resuena en lo que once años más tarde escribirá Hannah Arendt, desde Nueva York, sobre el tema. Para Zambrano “en el fondo de todo totalitarismo está el terror del hombre a su soledad” (*Isla* 21). En el fragmento titulado “Principios y persona humana” señala: “[l]a criatura totalitaria, infinitamente

aterroizada se esconde de su propia soledad, se esconde de Dios. Y ya no le podrán llamar diciéndole “¿Qué has hecho de tu hermano?”, sino preguntándole “¿qué has hecho de ti mismo?”. Es el hombre escondido, enmascarado, replegado, no sobre sí, sino hacia afuera. Hacia un afuera que se ha quedado también vacío” (21). El totalitarismo destruye la interioridad, destruye cierto tipo de soledad que para Zambrano es necesaria para salir “al encuentro del mundo” (23) y que, según ella, habita las islas. Así distingue entre una soledad que eventualmente engendra el terror y una “soledad abierta”, “fecunda” “hacia afuera” y “rodeada por la vida”, propia de las islas (23).

Por su parte, a mediados de la década del 40 Arendt comienza a escribir *Los orígenes del totalitarismo*, en cuyo último capítulo distingue la soledad del aislamiento y de la vida solitaria.²⁶ Aunque establece nexos entre la vida totalitaria y los estados de soledad y aislamiento, para Arendt el aislamiento permite el diálogo consigo mismo y por consiguiente es necesario para la vida del espíritu. El aislamiento de Arendt equivale a lo que Zambrano llama “soledad abierta”, y aunque Zambrano valora más que Arendt la importancia del estado solitario, ambas coinciden en que “[l]o que torna tan insoportable la soledad es la pérdida de sí mismo” (Arendt 381).

Si para Zambrano la palabra soledad ofrece más posibilidades creadoras que para Arendt es probablemente porque su noción de soledad está de antemano habitada por otro, su soledad es esa “soledad acompañada”, que moviliza a partir de *Isla de Puerto Rico* y que está intervenida siempre, desde ya, por otro.²⁷ No extraña entonces que Zambrano se dedique en estos años a escribir sobre temas que por una parte están vinculados a la retórica (son tropos o estrategias retóricas: la metáfora del corazón, el amor, la confesión) y por otra, suponen categóricamente una relación con algún otro. Entre 1942 y 1953 publica en varias revistas cubanas y puertorriqueñas ensayos sobre distintos modos del afecto -la piedad, el amor o la envidia. Esta dimensión del otro no solo aparece cuando escribe sobre “sentimientos amorosos positivos” como la piedad, sino que incluso en su ensayo condenatorio sobre la envidia define esta última como “avidez de ‘lo otro’.” Aparte de esta serie de ensayos, en 1943 publica un libro importante sobre la confesión, en el que intenta anudar algunas de las premisas que anunciaba en *Isla de Puerto Rico*.²⁸ Lo que me interesa es hacer énfasis en la importancia radical de un otro para las reflexiones de Zambrano sobre el estado del ser. La confesión es acaso el ejemplo más notorio, puesto que es un acto lingüístico de un sujeto que se constituye como tal ante un otro.

La insistencia por parte de Zambrano en oponerse al racionalismo occidental sin desvincularse de esta tradición tiene mucho que ver con la noción de un otro. Su anacronismo o su labor con la caducidad están atravesados por la necesidad radical de un otro que le dé sentido al yo, y en el caso de la escena confesional, que lo constituya. Un ejemplo de esto puede verse en el ensayo sobre la piedad que publica en la revista habanera *Lyceum* en 1949. Para Zambrano la piedad “ha sufrido en los últimos tiempos un intenso eclipse que coincide con el auge del racionalismo. El entusiasmo por la razón y sus resultados, la luz que irradia el conocimiento exclusivamente racional, parece haber arrojado sombra sobre la piedad” (“Para una historia de la piedad” 112). Establece una distinción entre la piedad y cierta idea moderna de tolerancia que no es ajena a la que hoy día sirve de bandera a un cúmulo de discursos biempensantes. La autora señala:

Mas la piedad no es filantropía, ni la compasión por los animales y las plantas. Es algo más: es lo que permite que nos comuniquemos con ellos, en suma, el sentimiento difuso,

gigantesco que nos sitúa entre todos los planos del ser, entre los diferentes seres de un modo adecuado. Piedad es saber tratar con lo diferente, con lo que es radicalmente otro que nosotros ... Apenas sabemos tratar sino con aquellos que son casi una reproducción de nosotros mismos ... Se ha inventado, para llenar este vacío, la tolerancia, palabra favorita del léxico del hombre moderno. Pero "tolerancia" no es comprensión, ni trato adecuado, es simplemente el mantener a distancia respetuosamente, eso sí, aquello con lo que no se sabe tratar. ("Para una historia de la piedad" 113)

Esta afirmación de Zambrano es una crítica a la deformación de la democracia producida por el historicismo, tema que desarrollará posteriormente con la publicación en Puerto Rico de *Persona y democracia* en 1958,²⁹ ya en Italia. Allí propondrá una variante de lo que aduce en *Isla de Puerto Rico* en torno al totalitarismo, que en principio parecería ser su contrario pero no es sino la otra cara de una misma moneda: propone que detrás del totalitarismo se oculta el miedo a la alteridad.

La pregunta fundamental para la autora es si puede pensarse la piedad en tanto relación con "lo otro", es decir, si esta noción de la piedad aparece en el territorio del *logos* o si, por el contrario, la filosofía la destruye. Zambrano parte de la premisa de que en el momento de escritura del ensayo la pregunta filosófica sobre la piedad producía cierta extrañeza, puesto que "el pensamiento filosófico hace mucho que nada tiene que ver con ella" (*El hombre y lo divino* 191). En el texto de 1955 la autora ve una afirmación de la piedad en el *Eutifrón* de Platón y se dedica a pensar una genealogía del concepto con la intención de volver sobre la piedad, de pensar en un momento incluso anterior a la relación entre filosofía y piedad. Lo encuentra, desde luego, en la poesía: "Y así la poesía es el saber primero que nace de este piadoso saber inspirado [...] Ante la piedad primera, la poesía hace el oficio que la filosofía hará más tarde" (*El hombre y lo divino* 200, 202). Zambrano se propone indagar en una lengua anacrónica, en un concepto en desuso, para pensar desde ahí la relación entre literatura y pasado o, más precisamente, entre literatura e historia. En "Las ruinas" lo expone de manera ecuánime:

Mientras se ha considerado que la historia está compuesta de hechos, la inmensa realidad de su campo quedaba casi inaccesible. Solo la poesía: mito, leyenda, épica, nos transmitía ambiguamente -en el modo poético- su sentido. Y más tarde la Novela, el género literario que mejor copia la ambigüedad del ser humano. (8)

Una de las ventajas de leer estos ensayos, que podrían considerarse versiones incompletas de ensayos que elaboró posteriormente, es que estas reflexiones fragmentarias tienen una textura de la que carecen las versiones más pulidas y desarrolladas. En las versiones posteriores hay un trabajo un poco más cuidado de la lengua; sin embargo, hay en estos primeros textos cierta crudeza de las ideas que ilumina su proceso pensante y que no vemos en un libro como *El hombre y lo divino* (1955). Tomo como ejemplo el ensayo citado sobre la piedad. El texto publicado en *Lyceum* en 1949 tiene apenas 9 páginas y resulta bastante críptico. Unos años más tarde Zambrano desarrolla el ensayo y lo publica en *El hombre y lo divino* dentro de una reflexión de unas 30 páginas. No obstante, el pasaje citado -la crítica a la noción de tolerancia- no aparece en la versión posterior. Dicha omisión tiene como consecuencia que en el breve estudio que antecede la tercera edición del libro, la prologuista María Fernanda Santiago Bolaños proponga una lectura del ensayo sobre la piedad que se opone a la médula del mismo. La crítica insiste en que "tal vez el pacto

cívico más hermoso es ... el triunfo de la utopía de la reconciliación, “encarnada” en la tolerancia y el respeto. Este es otro de sus logros” (13).

Potencialidades: islas y ruinas

Entre *Isla de Puerto Rico* y los ensayos sobre ruinas media una década llena de sucesos significativos para la autora: el final de la guerra, un exilio extendido en el Caribe en condiciones de precariedad económica, tensiones con instituciones en Puerto Rico y en Cuba y la persecución de su hermana Araceli en la París ocupada, entre otros. A lo largo de este periodo se registran cambios de inflexión en su discurso sobre los vínculos con América. Zambrano solía discutir con intelectuales caribeños sobre qué representaban América y el viejo continente para los intelectuales de ambos lados del Atlántico. En cartas a su hermana reconstruye algunas discusiones al respecto que sostuvo con Lydia Cabrera y Jorge Mañach. A partir de 1945, en varios de sus escritos personales (en algunos manuscritos inéditos y en buena parte de su correspondencia) se agudiza un tono de desencanto con América que en ocasiones coincide con afirmaciones cuestionables sobre su estancia caribeña y recuerdan la cita con la que abre este ensayo. En diciembre de 1945, por ejemplo, le escribe a su hermana una larga carta sobre el exilio en la que habla del “desengaño de América”.³⁰ Otros textos inéditos de la época hacen eco del tono de esa carta. No se trata de desdeñar sus reflexiones de los años cuarenta a partir de aserciones posteriores ni de estudiar indistintamente los discursos privado y público. Es perentorio, sin embargo, pensar críticamente en las relaciones entre esa voz que habla de “indosabandijas” y de países de “cuya existencia no hay pruebas” y la voz justa y mesurada que indaga en las formas de convivencia y en la vulnerabilidad del sujeto. Aunque no me ocupa en esta ocasión, las pregunta por el lugar que ocupan esos textos menores, inéditos y de diversa índole en la obra caribeña de Zambrano no es desdeñable. Sobre todo en caso de que desordene las coordenadas del mapa retórico que aquí se ha trazado.

Las islas y las ruinas tienen una larga tradición literaria. Ambos imaginarios han sido susceptibles a una especie de idealización que hoy día está vinculada al mercado pero que precede este auge turístico e impide registrar la forma exacta de las mismas, o su complejidad, por decirlo de algún modo. Basta pensar en varios de los textos sobre islas escritos por exiliados españoles al Caribe que mencioné al comienzo del ensayo. O incluso en la contemplación turística contemporánea: los turistas que visitan ruinas clásicas y aquellos que visitan campos de concentración, los escombros de La Habana, el castillo de Sans-Souci en Milot junto con las zonas devastadas por el huracán en Port-au-Prince, los parques de memoria en Chile o la zona urbana abandonada de Detroit. Sean antiguas o modernas, la contemplación de ruinas así como los paseos por las islas de cualquier archipiélago son actividades intrínsecamente complejas.

La contemplación moderna de ruinas e islas, no obstante, ha servido a numerosos escritores como una herramienta crítica contra el “optimismo de la razón.” En la obra de Zambrano, ambos imaginarios obligan a pensar en el lado oscuro de la modernidad (sea el franquismo o el genocidio) y conducen a una reflexión profunda sobre la noción de fracaso. En el caso de las islas, podría decirse que dan cuenta del fracaso de todo gesto imperial. En el de las ruinas, parece tratarse de dar cuenta de la fragilidad del mundo material.

Buena parte de la producción literaria moderna sobre la contemplación de ruinas o sobre utopías isleñas desestabiliza las ideas comunes que ha generado esta larga tradición discursiva. Podemos pensar en la “arquitectura torturada” de Antonio José Ponte, los poemas de posguerra de Octavio Paz, el Machu Picchu de Pablo Neruda, la isla arruinada de Virgilio Piñera o el San Juan de Eduardo Lalo, por poner algunos ejemplos paradigmáticos. Otros, como estos textos de Zambrano, conforman poéticas contrariadas que afirman y niegan simultáneamente los lugares comunes a partir de los que se estructuran.

Hay una meditación valiosa sobre el tema de la ruina en *Isla de Puerto Rico*, si bien es incipiente (la palabra ruina no se menciona) y dentro de una serie de lugares comunes sobre lo insular que compartían sus compañeros de exilio. La relación entre isla y ruina en Zambrano tiene que ver con la oportunidad de ver potencia en el fracaso, de desarmar el discurso desarrollista que con su noción de progreso aplastaba todo aquello que disentía.

En todo lo que escribe a partir de *El hombre y lo divino* Zambrano va articulando su razón poética de manera mucho más sistemática. No obstante, en los textos de su tiempo caribeño se despliegan con cierta rusticidad las operaciones que estructuran su pensamiento. Ello permite contemplar con cautela las contradicciones, ideas fijas y quiebres que lo conforman. Permite divisar la máquina tropológica que moviliza su prosa poética. El ensayo adquiere en Zambrano una intensidad que no dista de aquella propia de la poesía. Comparte con ella no solo la tenacidad crítica, sino una impecable economía de la palabra que da cuenta de la incalculable pertinencia de la razón poética que Zambrano se encargó de articular a lo largo de su vida.

Disclosure statement

No potential conflict of interest was reported by the author.

Nota biográfica

Lena Burgos-Lafuente es profesora de literatura latinoamericana y caribeña en el Departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Stony Brook, SUNY. Se especializa en poesía y ensayística, cultura sonora, y cruces literarios transatlánticos de la primera mitad del siglo 20. Actualmente concluye su manuscrito *Poesía y destiempo: literatura y política en el Caribe de mediados de siglo XX* y trabaja en un segundo proyecto de libro, *Pedagogies of Progress: Listening to the Long 1950s in Puerto Rico*. Es la editora del número homenaje a Julia de Burgos de *Centro Journal* (vol. 26.2, 2014) y colaboró con la edición de las correspondencia de la poeta (*Cartas a Consuelo*, Folium, 2014). Es coeditora del *Puerto Rico Reader* de la serie de Duke University Press (bajo contrato). Email: lena.burgos-lafuente@stonybrook.edu

Notes

1. Carta del 7 de junio, 1945. Archivo Jaime Benítez.
2. Zambrano había estado con Muñoz Marín en Cuba ese año y sabía de las vistas públicas sobre Puerto Rico a las que este asistiría en Washington. En abril de 1945 Muñoz Marín, entonces presidente del Senado de Puerto Rico y del Partido Popular Democrático, viajó a Washington D.C. para las audiencias públicas del importante proyecto Tydings (S.227) ante el Comité de Territorios de Asuntos Insulares del Senado de los EEUU, donde, según Zambrano, vería a Jaime Benítez. La relación de Zambrano con ambas figuras fue estrecha y complicada, sobre todo a partir de las diferencias entre Benítez y Muñoz en torno a la

autonomía de la Universidad. Para la relación de la autora con Inés Mendoza de Muñoz, ver Quirós y Cámara.

3. El eurocentrismo de los exiliados republicanos en el Caribe ha sido estudiado por algunos académicos e incluso parodiado en la literatura. La parodia más mordaz es acaso sobre la propia Zambrano. El escritor cubano Lorenzo García Vega crea una entrevista ficticia a Lydia Cabrera (gran amiga de Zambrano) en la que habla de los vínculos que Zambrano mantuvo con el grupo de la revista *Orígenes*, de la cual García Vega formó parte y con la cual Zambrano colaboró desde sus comienzos. En la “entrevista” García Vega aduce que *Orígenes* “se inventó, en una Cuba donde no había nada, una mitológica isla.” Y añade con sorna “[p]or lo que también hubo una sacerdotisa española, María Zambrano, que explicitaba, absurdamente, la mitología de esa isla.” (57). Aunque la burla directa de García Vega no reconoce los matices del proyecto origenista de esos años ni el tenor de las reflexiones de Zambrano en sus “años de Orígenes”, su gesto apuntaba a un problema fundamental de la producción crítica sobre el origenismo y sobre la obra del exilio republicano en el Caribe.
4. Rexford Tugwell fue gobernador entre 1941 y 1946, durante la Segunda Guerra Mundial. Recuérdese que Luis Muñoz Marín fue el primer gobernador electo por el pueblo, en 1948. Tugwell fue nombrado por el presidente Franklin Delano Roosevelt.
5. Las relaciones que mantuvo Zambrano con varias de las instituciones y grupos educativos y culturales de Puerto Rico (Pro-democracia española, Ateneo Puertorriqueño, Asociación de Mujeres Graduadas, Universidad de Puerto Rico y el grupo de la “Cabaña”, de su amiga Elsa Fano) dan cuenta del clima de tensión del Puerto Rico de las décadas del 40 y el 50. Hacia 1941 Zambrano alude en su correspondencia personal a la presencia de franquistas en la Junta de Síndicos de la Universidad de Puerto Rico como responsables de que no se la contratara en el recinto de Río Piedras. Por otra parte, en 1949, también en una carta personal a Benítez, la autora manifiesta su alianza con el rector ante la importante situación huelgaria del año anterior. El conflicto se suscitó al negársele la entrada a la universidad al líder nacionalista Pedro Albizu Campos, quien daría una conferencia patrocinada por estudiantes. Mientras los intelectuales de izquierda, como José Luis González, condenaban públicamente la actitud represiva de Benítez ante los huelguistas, Zambrano, a petición de Benítez, intentaba convencer a Rómulo Gallegos de que diera el discurso de colación de grados de 1949. Gallegos se negó luego de haber aceptado porque, según Zambrano, se le acercaron algunos alumnos puertorriqueños con recortes de periódico sobre la huelga. La autora le explica a Benítez: “Naturalmente, yo traté de disuadirle y entre las cosas que le planté fue que yo creía que no ir ahora, después de haber aceptado, iba a interpretarse como que se abanderizaba con el grupo que se le había acercado.” (Carta del 21 de mayo de 1949, Archivo Jaime Benítez). Para un panorama político de la huelga de 1948 ver Reynolds. Para un recuento de los distintos contratos laborales de Zambrano en Puerto Rico, ver Fenoy, Moreno Sanz y la correspondencia institucional que custodia el Archivo Jaime Benítez de la Universidad de Puerto Rico. Para otras lecturas de su relación con Puerto Rico ver Abellán, Arcos y Álvarez Curbelo.
6. Ver Cañete Quesada. Similarmente, los ensayos sobre Cuba se han leído desde los debates sobre el origenismo y suelen concentrarse en el vínculo con José Lezama Lima. La relación de Zambrano con Cuba ha sido ampliamente estudiada y su correspondencia con Lezama se publicó en el año 2006. Véanse Díaz Infante, Gentic y Arcos.
7. El manuscrito M-331 de la Fundación María Zambrano – “Apuntes de Conferencias del mundo contemporáneo. Ciudad: París [1938–1954]” – contiene varias notas sobre la ruina, la tragedia y lo sagrado que pueden haber antecedido la escritura de los dos ensayos.
8. Zambrano habla del ensayo en varias cartas durante el proceso de escritura y luego de su publicación. En noviembre de 1940 le escribe a Benítez desde la Habana y añade la siguiente nota a mano: “Por cierto ... no deja de molestarles. Y mi *Isla de Puerto Rico* ha sentado aquí como un tiro y me ha hecho perder amistades. No me importa” (14 de noviembre de 1940, Archivo Jaime Benítez).
9. La metáfora es uno de los aspectos más importantes del pensamiento de Zambrano y el método mediante el cual propone convertir la razón en razón poética. La metáfora en Zambrano excede su función retórica, esta le añade un cariz ontológico. De manera que su concepción de la metáfora produce un extrañamiento tanto del discurso filosófico como del

literario, es un acercamiento a la literatura que no renuncia a un *plus* de alteridad con respecto de ella. En este sentido es importante recordar su afinidad con José Lezama Lima, una figura que se posaba ante lo literario con cierta extrañeza productiva. Claro que en el caso de Zambrano la filosofía es el discurso que procura pensar desde lo exógeno, la relación de tensión la establece con la tradición filosófica. Hay numerosos estudios sobre la metáfora en la obra de Zambrano. Un libro dedicado enteramente al tema es el de Maillard. Para un estudio iluminador sobre la relación entre metáfora y filosofía, ver Rovatti.

10. Zambrano parece referirse a la ocupación de Francia por parte de las tropas alemanas. Allí vivían su hermana y su madre. Al regresar a la Habana, Zambrano le escribe lo siguiente a Nilita Vientós Gastón: “Mi querida Nilita: qué terribles fueron mis últimos días ahí, enloquecida casi por lo de Francia. Todavía no sé de mi familia nada y cada minuto la situación se hace más insostenible ... todo resultó angustiosísimo. Yo que estaba ya tan angustiada por irme de entre ustedes. Qué terrible es vivir así, sin poder enraizarse en nada; cuando una se encuentra bien, arraigado, casi, como yo ahí que me sentía en mi casa, entre gentes mías, con las que podía hablar y comunicarme, viene una sacudida y todo se acaba. ahora a seguir la peregrinación. ¿Volveré?. Lo dudo mucho Nilita, lo dudo. Sin embargo os pido, te lo pido, que hagáis todo, todo lo posible ... no saben lo que sería para mí” (Carta del 25 de junio de 1940, Fundación Nilita Vientós Gastón). En octubre de 1945 le cuenta la experiencia a su hermana Araceli: “Allí en Puerto Rico pasé los días mas terribles de todo el destierro y de toda mi vida: la caída de París” (Carta del 7 de octubre de 1945, Fundación Maria Zambrano).
11. Ver Cañete Quesada 64–66. Zenobia Camprubí anota lo siguiente en su diario: “Trabajé seguidamente toda la mañana mientras me dictaba J.R. del ‘Coloquio’ de Lezama Lima. Este trabajo no es muy satisfactorio, ya que todo lo que J.R. hace es ponerlo en español. Hay tanto atribuido a J.R. que él nunca dijo ni pensó decir y tanto que realmente dijo y está incorporado a los comentarios de L[ezama] L[ima] que hubiera tomado más tiempo desenredar la madeja que escribirlo de nuevo. Sin embargo, había suficiente valor en el diálogo como para salvarlo, y todo lo que hizo J.R. fue corregirlo lo suficiente para que no se anegaran totalmente las ideas en un mar de confusión, debido a la oscuridad de la expresión.” (72–73, corchetes en el original. También citado en Cañete Quesada 104–05).
12. Al referirse al *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, Ana Serra habla de “coloquio entre dos monólogos” (61).
13. En un ensayo publicado en 2010, Boym reflexiona sobre las ruinas contemporáneas en un horizonte afín al de Zambrano: “Ruins make us think of the past that could have been and the future that never took place, tantalizing us with utopian dreams of escaping the irreversibility of time” (“Ruins” 58).
14. Para Boym, la nostalgia tiene un potencial reflexivo que toma elementos tanto del duelo como de la melancolía y que opera a contracorriente de las nociones tradicionales del tiempo y del progreso. La mira de la nostalgia, según Boym, no es necesariamente el pasado sino que su objeto difuso puede estar en dirección oblicua, al sesgo. A diferencia de la melancolía, la nostalgia no se define a partir de la estructura psíquica del sujeto. Ver Boym, *The Future of Nostalgia*, xviii–54. Para un estudio fundamental sobre la noción de nostalgia anterior al de Boym, ver Starobinski.
15. Aparte de remitir al lector a los estudios fundamentales de Klibansky, Panofsky y Saxl, Burton o Kristeva, mi lectura de la textura melancólica de la obra de Zambrano está atravesada por el trabajo que hace Agamben en el libro *Estancias*, por el estudio de Flatley sobre el potencial creativo de la afección melancólica, por la lectura que hace Pensky de la obra de Benjamin y por el libro en el que el antropólogo Bartra, hijo de exiliados españoles en México, explora la falta de adecuación entre la noción freudiana del término y la historia cultural de la misma.
16. No desestimo el hecho de que Zambrano haya elegido hablar de la nostalgia a lo largo del ensayo. Si insisto en pensar *Isla de Puerto Rico* desde la afección melancólica es porque me parece que la noción de melancolía permite acercarse a las preocupaciones neurálgicas de su obra que he señalado. Sin duda, no es la única manera de aproximarse a este texto, más bien marca mis coordenadas de lectura.

17. La cita es de *Isla cofre mítico*, un pequeño libro ilustrado que en 1951 publica el pintor surrealista Eugenio Fernández Granell en San Juan, Puerto Rico, donde ocupaba un puesto de conferenciante en el Departamento de Bellas Artes de la Universidad de Puerto Rico. Ver Fernández Granell 45.
18. Si, como señala Serra, varios de los intelectuales exiliados que se establecen en Cuba, llegan a Cuba casi por accidente, Puerto Rico parece ser un lugar de paso a conciencia. Así lo es para Salinas, Zambrano, Jiménez, Serrano Poncela y Fernández Granell, entre otros.
19. Pienso en las intervenciones de Sebald, Huyssen, Roth, Merewether, Boym y Ponte, entre otros. Habría que aclarar que el debate en torno a las ruinas modernas y su vínculo con la memoria y el trauma que se ha desatado en los últimos 20 años asume una forma distinta de la que aquí expongo. A pesar de que en toda reflexión en torno a las ruinas está presente el ir a contracorriente de la linealidad que el progreso nos impone, pensar las ruinas modernas en un mundo que insiste en la conservación y restauración de monumentos y, más aún, que contempla la industria de las ruinas como parte del relato que organiza dicho mundo supone una serie de interrogantes que no forman parte de las preocupaciones que aquejaban a Zambrano entre 1940 y 1953. Los cuestionamientos que se hace Zambrano no se insertan en la cultura memorialista y mercantil del capitalismo tardío. Para una reflexión aguda, si bien europea, en torno a este dilema véase Huyssen. Huyssen propone que la reciente afición por las ruinas “encubre la nostalgia por una etapa temprana de la modernidad, cuando todavía no se había desvanecido la posibilidad de imaginar otros futuros” (36). Para una discusión sobre la afición por las ruinas en el contexto cubano contemporáneo, en este caso una reflexión sobre ruinas habitadas que va a contrapelo de la lectura habitual que se hace del ensayo de Simmel, véanse los segmentos de Ponte en el filme de Florian Borchmeyer, *La Habana: arte nuevo de hacer ruinas* y el libro de Ponte *La fiesta vigilada*.
20. En el año 2012 Rodríguez García publicó los dos ensayos traducidos al inglés junto con un estudio introductorio sobre cómo estos ensayos sobre las ruinas tienen antecedentes en textos tales como *La agonía de Europa*, “Las catacumbas”, y *La confesión*. Estudia la relación entre la catástrofe personal de Zambrano y cómo elabora su pensamiento hasta llegar a una política de la ruina que equivale a la razón poética. La ruina es un espacio suspendido que permite recomponer el ágora necesario para la democracia y la vida en común. Señala: “Yet destruction, whatever its form or manifestation, should not discourage additional attempts at constructing another, more inclusive agora. In this new edifice new voices may perhaps reconcile the human experience of multiplicity (poetry) with the unity of utopia since reason (which in Zambrano often stands for utopian construction) is also propelled by hope in the articulation of a more human (because more irrational) *razón poética*” (109).
21. Tanto estos poetas exiliados como un grupo de poetas latinoamericanos, Neruda y Octavio Paz entre ellos, van a reformular el *topos* de la ruina tomando como referente los poemas que en los siglos XVI y XVII le dedican a Sagunto e Itálica una serie de poetas sevillanos. En particular dialogarán con el influyente “Canción a las ruinas de Itálica” de Rodrigo Caro. Ver Enjuto Rangel.
22. Aunque Zambrano y Salinas coincidieron en Puerto Rico en 1945, no hay mucha información sobre sus encuentros y es muy probable que no se frecuentaran. En carta a su hermana Araceli, esta dice haber cenado con Salinas. Salinas, por su parte, le habla a Jorge Guillén sobre un encuentro en la Habana, Cuba, en 1944. La cita de Salinas es lacónica y tiene cierto tono peyorativo: “bastante anduvo con nosotros María Zambrano, tan *bas-bleu* como siempre” (Salinas y Guillén 335).
23. En el lúcido libro *El objeto del siglo*, Wajcman afirma que la ruina es un “objeto freudiano”, un “menos-de-objeto que lleva un más-de-memoria” (15) y por ello ve en el lírico griego Simónides de Ceos al inventor del arte de la ruina. Sin embargo, el interés de Wajcman no son las ruinas, sino reflexionar en torno a la “destrucción sin ruinas” (21) que generó la Segunda Guerra Mundial.
24. Huyssen señala: “A fin de cuentas los bombardeos no produjeron ruinas. Producen escombros. Sin embargo, el mercado está saturado de sorprendentes libros de fotografías y de películas (y de documentales de ficción como *El hundimiento*) con las ruinas de la Segunda Guerra. En estos productos, los escombros estetizados se transforman en ruinas” (37).

25. Para un breve ensayo sobre la postura de Boym ante las ruinas modernas, ver “Ruins”.
26. Soledad y aislamiento son los términos con los cuales se ha traducido la distinción inglesa entre *loneliness* y *solitude* respectivamente, ya que no tiene equivalente en español.
27. En el libro sobre la confesión Zambrano narra cómo Rimbaud, Baudelaire, Kierkegaard, Nietzsche y Dostoyevski se liberaron de una soledad poblada de fantasmas y fueron conquistando la soledad que ella anhela: “una soledad diferente, una soledad desde la que brota la comunicación, soledad que lleva consigo una distancia y una entereza” (*La confesión* 106).
28. La preocupación por el lugar que lo literario ocupa en el discurso filosófico, que constituye uno de los ejes de *La confesión* y que aparece también en *Isla de Puerto Rico* y en los ensayos sobre las ruinas, aparece por primera vez en el libro *Pensamiento y poesía en la vida española*, publicado en México en 1939.
29. En el breve ensayo “El último Dios: Zambrano y el paso de la historia”, Moreiras estudia cómo las nociones de “relación abismada” y “vida sin textura” en la ensayística de Zambrano de su exilio en Italia, en particular en el libro *Persona y democracia* (1958), suponen una conceptualización de lo político que va más allá de la subjetividad y de la soberanía. Zambrano propone renunciar a la estructura sacrificial de la historia, y para Moreiras su meditación sostenida sobre la necesaria des-identificación del ser y pensar apunta a una conceptualización alternativa de lo político. Este texto está vinculado al proyecto de Moreiras en torno al no sujeto (a la posibilidad de concebir lo político como algo no enraizado en lo subjetivo), que desarrolla más ampliamente en *Línea de sombra. El no sujeto de lo político* (2006).
30. “Os he querido evitar lo que yo aquí padezco, el desengaño de América”; “¿Cómo explicar lo que es América? Si tuviese que elegir una palabra sería esa: desolación. Aparte de todo nuestro problema me gustaría que lo supieran las gentes de ahí que aún sueñan con el “Paraíso perdido” americano. Díselo a tu amiga Fernanda, pues es muy de europeos inteligentes esperararlo todo del Nuevo Mundo que no es mundo todavía y que no es nuevo” (Carta a Araceli Zambrano, 27 de diciembre de 1945, Fundación María Zambrano).

Works cited

- Abellán, José Luis. “María Zambrano: La presencia de la isla de Puerto Rico en su biografía.” *El exilio como constante y como categoría*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001. 157–70.
- Agamben, Giorgio. *Estancias: la palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Trad. Tomás Segovia. Valencia: Pre-Textos, 1995.
- Altolaguirre, Manuel. *Nuevos poemas de las islas invitadas*. México: Isla, 1946.
- Álvarez Curbelo, Silvia. “El perfume y la isla: la hora de la democracia en María Zambrano y Luis Muñoz Marín.” *La Torre* 14, núm. 51–52 (2009): 95–105.
- Arcos, Jorge Luis. “Las islas o las catacumbas creadoras de María Zambrano.” En: María Zambrano. *Islas*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Editorial Verbum, 2007. xiii–xlviii.
- Arendt, Hannah. *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Trad. Ana Luis Poljak Zorzu. Barcelona: Península, 1996.
- . *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. Guillermo Solana. Madrid: Taurus, 1998 [1951].
- Bartra, Roger. *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Benjamin, Walter. “El origen del ‘Trauerspiel’ alemán.” *Obras I. El concepto de crítica de arte en el Romanticismo alemán. Las afinidades electivas de Goethe. El origen del ‘Trauerspiel’ alemán*. Eds. Juan Barja, Félix Duque y Fernando Guerrero. Madrid: Abada Editores, 2006. 217–459.
- Boym, Svetlana. *The Future of Nostalgia*. New York: Basic Books, 2001.
- . “Ruins of the Avant-Garde: From Tatlin’s Tower to Paper Architecture.” *Ruins of Modernity*. Eds. Julia Hell and Andreas Schönle. Durham, NC: Duke UP, 2010. 58–85.
- Burton, Richard. *Anatomía de la melancolía*. Buenos Aires: Ediciones Winograd, 2008.
- Cámara, Madeline. “Sitios de memoria: Diálogos de María Zambrano con Inés María Mendoza de Muñoz.” *Revista Surco Sur* 1.2 (2010): 38–42.

- Camprubí, Zenobia. *Diario, vol. 1: Cuba (1937-1930)*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1991.
- Cañete Quesada, Carmen. *El exilio español ante los programas de identidad cultural en el Caribe insular (1934-1956)*. Orlando: Iberoamericana/Vervuert, 2011.
- Cernuda, Luis. "Las ruinas." *La Realidad y el Deseo (1924-1962)*. Madrid: Alianza, 1991. 198–99.
- . "Otras ruinas." *La Realidad y el Deseo (1924-1962)*. Madrid: Alianza, 1991. 259–60.
- Deleuze, Gilles. "Causas y razones de las islas desiertas." Trad. José Blanco Regueira. *La colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México* 41 (enero-marzo 2004). Red.
- Díaz Infante, Duanel. *Los límites del origenismo*. Madrid: Editorial Colibrí, 2005.
- Enjuto Rangel, Cecilia. *Cities in Ruins: The Politics of Modern Poetics*. West Lafayette, IN: Purdue UP, 2010.
- Fenoy, Sebastián. "Zambrano en el Departamento de Instrucción Pública puertorriqueño." Fundación María Zambrano. *Actas. Congreso internacional del centenario de María Zambrano: II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano. Madrid 2004*. Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano, 2005. 210–219.
- Fernández Granell, Eugenio. *Isla cofre mítico*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1995.
- Flatley, Jonathan. *Affective Mapping: Melancholia and the Politics of Modernism*. Cambridge, MA: Harvard UP, 2008.
- Freud, Sigmund. "Duelo y melancolía." *Obras completas XIV. «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico», Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916)*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- García Vega, Lorenzo. "Entrevistando a Lydia Cabrera." *Collages de un notario*. Coral Gables, FL: La torre de papel, 1993. 39–59.
- Gentic, Tania. "Creating Poetic Subjectivity in María Zambrano and José Lezama Lima." *Revista Hispánica Moderna* 63.2 (2010): 173–92.
- Huyssen, Andreas. "La nostalgia por las ruinas." *Heterocronías: tiempo, arte y arqueologías del presente*. Ed. Peter Maag. Murcia: CENDEAC, 2008. 35–56.
- Jiménez, Juan Ramón. *Isla de la simpatía*. Ed. María de los Ángeles Sanz Manzano. San Juan: Editorial Universidad de Puerto Rico, 2008.
- Klibansky, Raymond, Erwin Panofsky y Fritz Saxl. *Saturno y la melancolía: estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte*. Trad. María Luisa Balseiro. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Kristeva, Julia. *Sol negro: depresión y melancolía*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericanos, 1997.
- La Habana: arte nuevo de hacer ruinas*. Dir. Florian Borchmeyer. 2006.
- Lezama Lima, José. "Coloquio con Juan Ramón Jiménez." *Revista Cubana* 31 (1938): 73–95.
- Lezama Lima, José, María, Zambrano y, María Luisa, Bautista. *Correspondencia*. Ed. Javier Fornieles Ten. Sevilla: Ediciones Espuelas de Plata, 2006.
- Lida, Clara. *Immigración y exilio: reflexiones sobre el caso español*. México, DF: Siglo XXI, 1997.
- Maillard, Chantal. *La creación por la metáfora, una introducción a la razón poética*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- Moreiras, Alberto. "El último dios: María Zambrano y el paso de la historia." 15 y 16 diciembre 2004. *Centro Virtual Cervantes*. Red.
- . *Línea de sombra: el no-sujeto de lo político*. Santiago de Chile: Editorial Palinodia, 2006.
- Moreno Sanz, Jesús. "Ínsulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en Isla de Puerto Rico." *María Zambrano. La visión más transparente*. Eds. José María Beneyto y Juan Antonio González Fuentes. Madrid: Editorial Trotta, 2004. 209–86.
- Paz, Octavio. "Himno entre ruinas." *Obra Poética (1935-1988)*. Barcelona: Seix Barral, 1990. 233–35.
- Pensky, Max. *Melancholy Dialectics: Walter Benjamin and the Play of Mourning*. Amherst, MA: U of Massachusetts P, 1993.
- Piñera, Virgilio. *La isla en peso: obra poética*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- Ponte, Antonio José. *La fiesta vigilada*. Barcelona: Anagrama, 2007.

- Quirós Alcalá, Julio. *Entre cartas: un acercamiento a la relación entre Inés María Mendoza y los exiliados españoles y latinoamericanos en Puerto Rico*. Tesis de Maestría. Centro de Estudios Avanzados de PR y el Caribe, San Juan, Puerto Rico. 2010.
- Reynolds, Ruth M. *Campus in Bondage: A Microcosm of Puerto Rico in Bondage*. Ed. Carlos Rodríguez Fraticelli y Blanca Vázquez Erazo. New York: Centro de Estudios Puertorriqueños/Hunter College, CUNY, 1989.
- Rodríguez García, José María. "María Zambrano: Two Essays on Ruins." *Modernist Cultures* 7.1 (2012): 98–131.
- Rovatti, Pier Aldo. *Como la luz tenue. Metáfora y saber*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1990.
- Salinas, Pedro. *El defensor*. Barcelona: Ediciones Península, 2002.
- . "Cero." *Obras completas I. Poesía. Narrativa. Teatro*. Ed. Enric Bou. Madrid: Cátedra, 2007. 670–79.
- Salinas, Pedro y Jorge Guillén. *Pedro Salinas / Jorge Guillén. Correspondencia (1923-1951)*. Barcelona: Tusquets Editores, 1992.
- Santiago Bolaños, María Fernanda. "El hombre y lo divino: invitación a una lectura." En: María Zambrano, *El hombre y lo divino*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2007. 9–23.
- Serra, Ana. "La extraña familia: intelectuales españoles exiliados en Cuba (1936-1943)." *El Atlántico como frontera. Mediaciones culturales entre Cuba y España*. Ed. Damaris Puñales. Madrid: Verbum, 2014. 49–68.
- Simmel, Georg. "Las ruinas." *Sobre la aventura. Ensayos de estética*. Trad. Gustau Muñoz y Salvador Mas. Barcelona: Ediciones Península, 2001. 181–94.
- Starobinski, Jean. "The Idea of Nostalgia." *Diogenes* 14: 54 (1966): 81–103.
- Valender, James. "María Zambrano y su visión de América Latina. Cuatro ensayos." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 58: 2 (2010): 619–43.
- Wacjman, Gérard. *El objeto del siglo*. Trad. I. Agoff. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- Zambrano, María. *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor*. La Habana: La Verónica, 1940.
- . "Las catacumbas." *Revista de La Habana* (1943): 527–30.
- . "Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis." *Orígenes* VII.25 (1949): 11–15.
- . "Una metáfora de la esperanza: las ruinas." *Lyceum* 7. 26 (1951): 7–11.
- . "Las ruinas." *Asomante* 8.1 (1952): 8–14.
- . "Carta sobre el exilio." *La razón en la sombra: antología crítica*. Ed. Jesús Moreno Sanz. Madrid: Siruela, 1993. 462–69.
- . *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela, 1995.
- . "La Cuba secreta." *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Endymion, 1996. 106–15.
- . *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela, 2004.
- . "El estilo en Cuba: la Quinta de 'San José'." *Islas*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Verbum, 2007. 153–58.
- . *El hombre y lo divino*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2007.
- . *Islas*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Verbum, 2007.
- . "Los males sagrados: la envidia (fragmento)." *Islas*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Verbum, 2007. 72–82.
- . "Para una historia de la piedad." *Islas*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Verbum, 2007. 108–115.
- . *Persona y democracia. Obras completas III*. Ed. Jesús Moreno Sanz. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011. 363–501.